

Bergson y Pouget, testimonios

Por MARIA ELENA ARIAS LOPEZ (*)

EL lenguaje común utiliza a menudo el vocablo *testimonio*. Quizá no resulte del todo inútil detenerme unos instantes en él. Generalmente se lo usa para avalar la veracidad de una cosa mediante su justificación más rigurosa. Pero también se extiende su sentido —como antiguamente ya se hacía— al sujeto que da prueba de esa verdad, o sea, al testigo. Y de esa manera se efectúa, en una misma palabra, la aproximación del objeto a la persona responsable de la verdad apuntada. Testimonio se dice “de lo que” y “de quién” responde por la verdad. En este último caso, hay una especie de en-carnación en la búsqueda de lo verdadero. El cristianismo, por ejemplo, ha manifestado una vivencia de esa naturaleza. Los apóstoles fueron hombres convertidos en testimonio vivo de la verdad (1). Pero a ésta la apreciaban como la Verdad total nacida del amor a Dios. Además, su aceptación implicaba un motivo de elevación y también de compro-

miso en un deber de caridad universal. Cristo mismo dio testimonio de su amor a los hombres en el sacrificio de la cruz. Por eso San Juan afirma: “Nosotros estamos ciertos de que su testimonio es verdadero”. Se trataba de una creencia fundada en el cumplimiento del ser divino, en esa efectividad acorde con la palabra enseñada. La muerte de Cristo fue una garantía santa para el cristiano de todos los tiempos.

A su vez, el testimonio se anima en una serie dinámica de confirmaciones: nace de la verdad, se mueve en acción gratificadora y promueve nuevas decisiones que no hacen sino reafirmar la calidad eterna de esa verdad. En efecto, quién da testimonio de su ser, trasciende un mensaje cierto, una presencia auténtica en la comunidad espiritual. La continuación del testimonio surge cuando otros hombres —discípulos, hermanos, amigos— se encuentran dispuestos a realizar la propia existencia como válida en el fin aceptado.

En la vida del filósofo, y por antonomasia en la del sabio, se observa una afinidad con la actitud testimonial del

(1) En los Evangelios se usa el vocablo griego “mártir”, acepción que considero más rica que la transcripción latina *testimonium*. El “mártir”, como así aparece citado junto con sus derivados en la versión de los Setenta, respaldaba con su vida la verdad aceptada.

(*) JACQUES CHEVALIER: “Bergson y el P. Pouget”. Ed. Aguilar, Madrid, 1960.

hombre religioso. El filósofo también es aquel ser digno de convertirse en testimonio personal de la verdad. Sócrates es un ejemplo, en la sabiduría griega, del hombre fiel a la virtud enseñada. Y su muerte confirma plenamente el *agathon* verdadero. El sabio es el hombre que "padece" los dolores de la búsqueda cierta, y en ese sentido, se une al santo. En ambos hay una entrega incondicional a la verdad, en el primero más elevada si su investigación se aleja de esquemas estereotipados. Mientras el hombre religioso descubre que su encuentro con Dios nace de un auténtico olvido de sí, el filósofo reconoce que la búsqueda verdadera sólo podrá encaminarse con el desprendimiento de ideas fijas alejadas de la realidad.

Henri Bergson advertía ya esa comunión de entendimiento al declarar que el misticismo con su experiencia religiosa del Dios amor, aportaba juicios de valor a la certeza filosófica. De esa manera, no sólo afirmaba la búsqueda de lo verdadero, sino también el enlace univo del filósofo y del santo en tal empresa. Más aún. Comprendió el sentido testimonial de los místicos como continuadores originales aunque incompletos del Cristo de los Evangelios. Y el mismo Bergson ha sido un testimonio de esa inquietud planteada en *"Las dos fuentes de la moral y de la religión"*. El pensador francés había partido de la inteligencia atendida minuciosamente a los hechos. Consideró a la filosofía como una tarea común de experiencia y razonamiento —si bien a éste lo negó en su desviación asociacionista. Descubrió también el valor de la intuición como un conocimiento de carácter superior, elevada a función propia del espíritu. Su reconocimiento culminó en la intuición clarificadora del místico (2); después, en su aproximación definitiva a Dios. Una sola preocupación le había incitado en esta trayectoria larga pero luminosa: "Para mí, sólo cuenta una cosa, sólo una

cosa me interesa: la verdad. No quiero conocer nada más".

A su vez, Guillermo Pouget, compatriota de Bergson y sacerdote por vocación, expresaba la posibilidad crítica de toda recta razón de reconocer un *algo* que —presupuesto desde otro punto de vista por la fe— era capaz de ascender a la Verdad total. El Padre Pouget, educado en la fe, comprendió sin embargo la situación de quienes privados de la misma (el presupuesto tácito del hombre de fe no siempre se presenta, sobre todo a partir del pensamiento moderno, en el campo de la filosofía y de las ciencias), trataban de alcanzar la misma verdad. Había que desentrañar la razón oculta, esa necesidad de lo verdadero, que mueve y fuerza a la razón. Allí estaban los datos que posibilitarían la aparición del misterio. Su posición era clara y diferente de otros; así lo explicó Jacques Chevalier. No se trataba de partir de la fe como de la no-fe, sino de la recta razón que, dirigida y exigida a sí misma, admitirá, paulatinamente, la única Verdad.

Considero que estos ejemplos ilustran dos testimonios de elevado valor en la intelectualidad de Francia. Bergson y el Padre Pouget coincidieron en el único fin, el de la Verdad; mas el punto de partida había diferido en ambos. Y una cierta confianza, una adhesión completa a la realidad, los unificó —como luego se verá— en la aceptación luminosa de lo verdadero.

Hablar de Bergson significa internarse en la parte más vital de la historia de la filosofía contemporánea: aquella que atañe a la experiencia personal. Desde luego al problema de la conciencia con sus transformaciones y progresos radicales. Aquí, el yo profundo de la pura duración actúa y crea la libertad humana. La filosofía de hoy, junto a la psicología, la psicopatología, la biología y las concepciones particulares de las ciencias físico-matemáticas, no dejan de reconocer la influencia integral del pensador de Francia. Pero, ¿y el caso del Padre Pouget? Creo que de este hombre desconocido para tantos, pero actor silencioso de la historia, podría decirse

(2) Definida como "auxiliar poderoso de la investigación filosófica", *"Las dos fuentes de la moral y de la religión"*, Buenos Aires, 1946, pág. 316.

lo que Bergson pensó acerca de los místicos: "Ellos han abierto un camino por donde podrán marchar otros hombres y por lo mismo han indicado al filósofo de dónde venía y adónde iba la vida" (3). Su obra quizás, no ha alcanzado una resonancia tan extensa. Pouget fue un realista nato —como Bergson—, un científico y un conocedor de las lenguas antiguas y orientales. Quedó ciego en la plenitud de su vida, y debió abandonar las prácticas de laboratorio y hasta la misma enseñanza, en obediencia fiel a sus superiores. Precisamente, en el trato directo con hombres, su grandeza se presenta con una fuerza espiritual abrumadora: Emmanuel Mounier, el director de la revista "Esprit", declaraba: "Cuando me encuentro en presencia del padre Pouget, me parece que estoy en presencia de la Verdad". Claudel lo califica como un "Sócrates cristiano". No sólo el poeta francés estimó en Pouget cualidades elevadas. Fue Jacques Chevalier, el maestro de Grenoble, quien acercó sus alumnos y amigos a la enseñanza clarificadora de aquél. De esas lecciones creadas con sencillez, apoyadas en una memoria lúcida de los textos antiguos y sagrados, surgieron los libros del ciego lazarista. También Emily Genty, eminente matemático, le confía en una carta a Jean Guitton: "Todo el padre Pouget está ahí: ningún problema le parece tan alto como para no poder alcanzarlo; y si fracasa, lo reconoce con la más conmovedora sencillez. Pero raramente ha fracasado en todo aquello que ha emprendido..." Y el mismo Guitton ha escrito obras admirables sobre ese humilde sabio (4), como por ejemplo, aquel retrato publicado en los duros años de la ocupación alemana que tanto impresionó a François Mauriac.

Mas en Jacques Chevalier se dio la doble coincidencia —feliz por cierto— de haber conocido al Padre Pouget y de haber sido el discípulo devoto de Henri Bergson (5). Durante treinta y dos años, Chevalier mantuvo la amistad inalterable de sus dos maestros. Nunca, durante este lapso, surgió un momento especial que posibilitara el encuentro, si bien Chevalier jamás dejó de ser un vehículo en el aprecio indirecto de ambos. Bergson respetaba la opinión del Padre, y a él, por intermedio del discípulo común, recurrió para aclarar ciertas cuestiones que se le fueron presentando mientras escribía su última obra. El problema del mal y la búsqueda de Dios como experiencia. El encuentro, sin embargo, se realizó al fin. Fue pocos días antes de la muerte del Padre Pouget. Jacques Chevalier presencié esta escena y dio a conocer en Francia —a pedido de Jeanne Bergson, la hija del filósofo, y de compañeros de Congregación del Padre— el diálogo mantenido entre aquellos grandes hombres (6).

Quiero detenerme en este libro. Jacques Chevalier había publicado anteriormente algunos trabajos, muy valorados, sobre Bergson y Pouget. Pero en esta obrita, limitada en páginas, su estilo adquiere resonancias inesperadas. La expresión de Chevalier se apoya en una evocación sencilla, espontánea, y por eso rica en recursos. Gracias al poder de sus imágenes, se desprenden impresiones lúcidamente palpables, visibles. Son Bergson y el Padre Pouget en aquel encuentro efectuado en febrero de 1933. Y un mundo de realidades verdaderas emerge de esa significación concreta, enlazando un *antes* a un *después*, salvados todos en el misterio espiritual.

(3) HENRI BERGSON, "Las dos fuentes de la moral y de la religión", página 324.

(4) JEAN GUITTON, "Portrait de M. Pouget", Gallimard, Paris, 1941.

— "Dialogues avec M. Pouget", Grasset, 1954.

— "Monsieur Pouget", Gallimard, 1954.

(5) Jacques Chevalier me confía el 31 de octubre de 1960 en una carta de inestimable valor: "Como mi venerado maestro Bergson —venerado casi al igual que el Padre Pouget—..."

(6) La versión española apareció hace poco: buena presentación tipográfica y correcta traducción. "Jacques Chevalier, Bergson y el Padre Pouget", Edit. Aguilar, Madrid, 1960, 84 págs.

Chevalier comienza su trabajo con una exposición simplificada y dinámica del pensamiento de Bergson y el Padre Pouget. Proviene de una profunda vivencia, acrecentada en el contacto íntimo con sus maestros. Y se conjuga en una síntesis cabal. Aquí, lo meramente cronológico deja su papel a las corrientes internas del alma. De esa manera, el autor consigue delinear paulatinamente la conducta espiritual en su búsqueda incesante de la Verdad. No se deja de advertir que este objetivo, perseguido por Chevalier a través de todos sus trabajos publicados, se identifica esencialmente con su vocación filosófica (7). Toda verdad camina lenta, oscuramente, en nosotros, dice al principio del libro. Aquel aspecto testimonial, encarnado en la vida humana como acción verdadera, recobra de nuevo su sentido personal. En Bergson, la vida interior, su yo fundamental, se traducirá en una accesis silenciosa a Dios. En el Padre Pouget, la solicitud caritativa, la pobreza sin límites entregada al amor unitivo de Cristo. Se está frente a la actitud filosófica y religiosa, dos formas elevadas de la vida espiritual. Chevalier tiene el mérito, precisamente, de presentar a sus maestros como verdaderos testimonios de esta vida dirigida a la verdad. Y finalmente, la consonancia espiritual, develará a uno la Verdad definitiva. Así Bergson le confirmó a su discípulo después del encuentro con el Padre Pouget: "Yo me decía: Esto debe de ser la verdad, tal es su sencillez" (8).

Desde la crisis experimentada frente al mecanismo matematicista de la época, Bergson había iniciado el camino de lo real. Su "Ensayo" inauguró con sólida

precisión científica, una nueva perspectiva de la realidad: la vida interior. Bergson no hizo otra cosa que utilizar la rigurosidad del método matemático, despojándolo de sus principios teóricos. Esta es una aclaración muy interesante de Chevalier. La insuficiencia del mismo había quedado probada con el problema del movimiento verdadero. Las obras posteriores de Bergson, dedicadas a la relación del cuerpo y del alma ("*Materia y Memoria*") y al misterio de la vida ("*La evolución creadora*"), lo orientaron decididamente al *numen* de la cuestión. La creación se le presentaba como un hecho, pero al mismo tiempo —su naturaleza— como un gran problema. No obstante, la fundamentación filosófica fue abriendo paso a una nueva liberación espiritual. Era el tiempo que correspondía al análisis de las fuentes de la moral y de la religión. Bergson se había entregado de lleno a una larga espera.

Sucede así, en este tiempo de silencio y soledad —la parálisis ha hecho crisis en su cuerpo— el encuentro renovado con los místicos. Es decir, con "los grandes místicos", como él gustó definirlos después en su tratado ético, para distinguir sus experiencias de los fenómenos patológicos o de tensión intelectual-volitiva que su observación psicológica le había advertido. Bergson toma contacto directo con ellos en las obras de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa. La misma priora del Carmelo de Montmartre, a pedido de Chevalier, le ayuda a dilucidar la naturaleza de la experiencia mística. Precisamente, esta mujer talentosa, poseedora de un gran equilibrio espiritual, confesó descubrir una pureza intelectual en la obra filosófica de Bergson. Su intuición se agranda más cuando explicita aquel concepto: "¿No hay acaso una rectitud simple y soberana en el orden de las ideas, lo mismo que existe una pureza superior y soberana en el orden de los sentimientos y de los actos? Me siento muy afectada por este deseo tan recto y tan apasionado de lo verdadero, por esta pureza de medios en su búsqueda... No podemos acercarnos a tales almas sin recibir algún don de

(7) Por ejemplo, en su estudio original sobre Bergson, Chevalier define su propia inquietud personal: "es la verdad que busco y amo en Bergson, más todavía que al mismo Bergson. Es la verdad que nos enseñó a buscar y amar detrás de su enseñanza, como él mismo la ha buscado y amado". Cfr. Jacques Chevalier, Bergson, París, 1ª ed. 1926, pág. VII, 29 1948.

(8) "Jacques Chevalier, Bergson y el Padre Pouget", pág. 46.

ellas" (9). De nuevo reaparece el valor testimonial de la búsqueda; "pureza intelectual" denominará la madre María de Jesús a ese valor verdadero, en su equiparación analógica con la pureza espiritual de la acción y el sentir religiosos. El plano del conocimiento filosófico goza también de una patente rectitud apreciativa. A su vez, la experiencia religiosa de aquellos seres ayudó a Bergson en su camino interior. Sí, se trataba de Dios, aún cuando su figura no había alcanzado un nombre propio. La tónica final sólo advino con el Padre Pouget. Bergson había llegado al umbral del catolicismo, aclara su discípulo, pero quien ayudó a franquearlo fue Pouget. Sucedió en casa del filósofo, en la ceremonia de admisión de Jacques Chevalier a la Legión de Honor Francesa. Bergson había invitado a los familiares y amigos de Chevalier, y especialmente, al humilde sacerdote del seminario de la calle Sèvres. Lejos estaba de suponer el trance mortal que éste soportaba. El Padre Pouget lo mismo accedió; se sentía unido a un compromiso ineludible, "los vivos y los muertos no deben ser separados..."

El encuentro de ambos tiene un valor imponderable en la evocación de Chevalier. El Padre Pouget comienza expresando su admiración por la obra filosófica de Bergson, sobre todo, aprecia el famoso "Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia". En el ámbito de lo real, los dos maestros se comprenden íntegramente. Hablan de realidad en lo psicológico, en lo biológico, en lo filosófico y en lo religioso. El Padre Pouget, en este sentido, defiende la actitud religiosa de los profetas de Israel, frente a la construcción incompleta del teísmo griego. "Ellos prepararon la venida de Cristo —sostiene—, pero hay un Cristo..." Bergson lo interrumpe al expresarle su visión personal: "Sí, el Soberano Místico". Resulta extraordinaria-

mente significativo que este momento del diálogo, cifrado en la línea de continuidad del cristianismo con la religión de Israel, haya encontrado después su expresión exacta en el testamento de Henri Bergson. El filósofo sintetizó en este texto, escrito en 1937, su adhesión religiosa: "Mis reflexiones me condujeron cada vez más cerca del catolicismo, en el que veo la culminación completa del judaísmo".

De nuevo, en otro instante de la conversación, la Sagrada Escritura retoma su vigencia real. El Padre Pouget insiste en la idea de creación, ignorada por la filosofía aristotélica —aunque Platón alcanzó a presentirla. "Nosotros la debemos a los judíos", agrega. Y a continuación aclara que esta idea, presentada inicialmente en el relato del Génesis, recién adquiere completa nitidez en el segundo libro de los Macabeos. Con ese propósito, realiza un análisis comparativo de las palabras hebrea y griega, que cumplen su propia función significativa en los correspondientes textos sagrados. Bergson le escucha atentamente; una alegría interior le ayuda a gozar las explicaciones entregadas con sencillez. A intervalos, sólo alcanza a insinuar acotaciones que, como pausas marginales, corroboran y completan el desarrollo conceptual del Padre Pouget. Este concluye con firmeza su postura realista: "El Antiguo Testamento nos pone de cara a lo real". Bergson comparte muy conmovido el fondo de verdad concentrado en los libros sagrados. Y de inmediato advierte que, si bien comprende el valor de esta vía de revelación, aceptada por el hombre de fe en su búsqueda desinteresada de Dios, también señala otro camino de aproximación, el conocimiento intelectual. Su propia experiencia lo ha demostrado. "Mas yo me doy cuenta felizmente de que por la luz natural de la razón, he llegado a las conclusiones que la fe enseña". ¿Y no es ésta acaso, la idea sostenida por el Padre Pouget sobre la razón natural? Los pasos posteriores del diálogo extenderán, a su tiempo, la línea de ascensión de la misma idea. Así, por ejemplo, se extrae de ellos que siendo la razón un instrumento de recta funda-

(9) Cfr. "Jacques Chevalier...", op. cit., pág. 31. También en su artículo publicado en "Les Nouvelles Littéraires" del 15 de diciembre de 1928 con el título: "L'intellectualisme de Bergson".

mentación, no deja de ser por otro lado un camino de iniciación en los problemas de la fe. Tal vez de *larga* iniciación para el hombre que filosofa. Bergson le requiere al Padre Pouget algunas cuestiones aceptadas por el dogma católico: la existencia del Purgatorio, del Infierno, del Paraíso, el pecado original. Paso a paso, recibe la respuesta sabia, el análisis fino apoyado en el estudio directo de los textos evangélicos. Pero involuntariamente, los planos del conocimiento han ido afinándose en el desarrollo del diálogo. O como diría Maurice Blondel, va acercándose una esfera, la sobrenatural, en donde el intelecto ha rebasado su propia capacidad de alcance. Allí están la aceptación de la presencia de Cristo en la Eucaristía o la creencia en la resurrección de los cuerpos. Bergson ha entrado con estos problemas en el ámbito mismo del misterio. Su grandeza espiritual se eleva más al declarar con sinceridad su dificultad de comprensión. Empero es ahora el Padre Pouget quien responde con ideas propias de Bergson. No se trata ya de una comprensión intelectual. O más bien (analizaré particularmente su explicación), surge una captación de carácter superior a las bases otorgadas por la inteligencia. Desde luego, las razones existen para creer en la enseñanza de Cristo, pero sobre esta rectitud demostrativa afianzada en los hechos, se asienta una creencia instalada directamente en el corazón de lo real. Correspondería si no a la evidencia inmediata de la intuición, calificada como "mística" por la terminología bergsoniana. Por eso, dice el Padre Pouget, "creo... incluso cuando esto sobrepasa mi intelecto. Con una respuesta global, el Padre Pouget ha logrado sintetizar las dos formas del conocimiento analizadas por Bergson en su época: inteligencia e intuición. En ella también aparece reflejada el pensamiento del filósofo sobre el

ser inteligente, que "lleva en sí el poder de sobrepasarse a sí mismo". Con respecto al segundo modo de conocimiento, no se trataría entonces de una intuición "gratuita" sino apoyada sobre las bases firmes de la inteligencia. E invirtiendo este esquema diré que Bergson otorgó un poder tan absoluto y creador a la intuición, de manera que todo conocimiento intelectual derivaría de aquella función metafísica. Además, el mismo filósofo ha probado con gran agudeza en nuestro siglo, con esa especie de finesse típicamente pascaliana, la capacidad de la razón para ascender a los planos superiores del espíritu.

Hay en este diálogo un juego sutilísimo de intuiciones compartidas que se descubren a un tiempo. Mediante esa trama oculta es posible advertir la verdad de fondo que señalaba al principio. Cuando aquellas alcanzan la forma de la expresión, se impone reconocer el hálito de verdad que las sustenta. Las figuras de Bergson y del Padre Pouget respaldan ese ámbito de comprensión y respeto. Aún más, como declara Chevalier en su libro, sus voces "formaban cuerpo de modo tan perfecto con su pensamiento que resultaría imposible expresarlo de manera distinto a como ellos lo hicieron".

Pero algo de profundo interior emerge de este encuentro. Su sentido descansa en el gesto de aceptación, en la actitud de total disposición, de verdadera libertad interior de dos mentalidades diferentes. Es aquí donde queda perfilado el testimonio con su grave vitalidad. En un momento de la historia donde la intolerancia y la incompreensión comenzaban a oscurecer las posibilidades del entendimiento, dos hombres de distinto origen y formación entablan un diálogo frateralmente cristiano. Sus voces, sus gestos vibran en la visión recogida y transmitida por Jacques Chevalier, como "dos bloques de una poderosa humanidad".